

4154

4

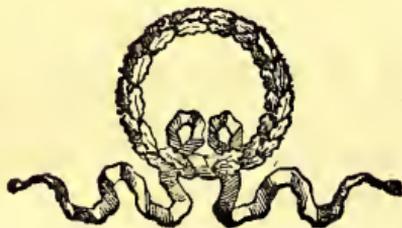
Digitized by the Internet Archive
in 2012 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

EL ENTREMETIDO,

COMEDIA EN TRES ACTOS N PROSA.

SU AUTOR

DON ANTONIO GIL Y ZÁRATE.



MADRID.

IMPRESA DE D. JOSÉ MARÍA REPULLÉS.
1858.

PERSONAS.



Don Melchor.

Doña Cesarea, *su muger.*

Doña Mariquita, *su hija.*

Don Eugenio, *su hijo.*

Don Roque, *escribano.*

Don Pedro, *amigo de don Melchor.*

Doña Antonia, *su hija.*

Don Gabriel, *amante de Mariquita.*

Perico, *criado de don Melchor.*

Juan, *criado de don Gabriel.*



La Escena es en Madrid en casa de don Melchor. El teatro representa una sala con puerta al foro y á la izquierda, y una ventana á la derecha, y en el rincón del mismo lado un biombo.



Esta Comedia es propiedad del Editor, quien perseguirá ante la ley al que la reimprima ó represente en algun teatro del reino sin recibir para ello su autorizacion, segun previene la Real orden inserta en la Gaceta de 8 de Mayo de 1837 relativa á la propiedad de las obras dramáticas.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

DON MELCHOR. DON ROQUE. PERICO.

Mel. **C**on que, Perico, ¿no tienes mas noticias que darme?

Per. ¿Qué mas quiere usted, si le he contado la vida y milagros de medio Madrid?

Roq. Pero, señor don Melchor, ¿que sea usted así! ¿Quién le mete en averiguar vidas ajenas? Usted cuide de sus negocios; y los de los otros mas que se los lleve el diablo.

Mel. Eso se queda bueno para los egoistas como usted; pero sepa, señor don Roque, que no hay ocupacion mas entretenida, ni mas útil al mismo tiempo. El que tiene que vivir en el mundo debe conocer á cuantos le rodean: es el único medio de que no le engañen. ¿A que no me la pegan á mí? Apenas llega una persona á hablarme, que ya estoy al cabo de la calle de cuanto intenta y desea. Y no piense usted que esto lo hago por mera curiosidad. Nada de eso. No llevo mas objeto que el de servir á mis amigos. Sin que ellos lo sepan, muchas veces arreglo sus negocios y les hago servicios de que luego me dan las gracias.

Per. ¡Ya se ve! Y sino, acuérdesese usted de los casamientos que ha hecho contra viento y marea de padres y tutores; de los maridos á quienes ha dado á conocer sus verdaderos intereses separándolos de sus mugeres; de mil, en fin, que le estan agradecidos por los buenos servicios que les ha he-

:

cho su oficiosidad de usted, sin saberlo ellos, y aun contra su voluntad.

Roq. Pues yo, sin dárseme un bledó de que los negocios agenos vayan tuertos ó derechos, he sabido hacer prosperar los míos. Figúrese usted si habrán pasado algunos por mis manos en treinta años que ha soy escribano público; pues lléveme Dios si he visto nunca en ellos mas que el provecho que podían darme. Asi es, que gracias á mi buena maña, tengo el riñon bien cubierto.

Mel. Tampoco he descuidado yo los míos. Por otra parte, soy feliz. Mi familia es el modelo de todas las virtudes. Mi muger no tiene otro defecto que el ser algo amiga de galas y diversiones; mas esto no perjudica á su buena conducta. Nada de cortejos: su marido y no mas. Lo que otras derrochan en fruslerías, ella lo emplea en obras de piedad. ¿Qué voto dirá usted que está cumpliendo ahora?

Roq. ¿Qué sé yo...! alguna novena quizá.

Mel. Está haciendo un primoroso vestido para una Virgen de su devocion.

Per. Como que tiene usted que darme hoy mismo dos mil reales para pagar al platero la corona, las potencias, y los zapatitos de plata.

Mel. Mucho es; pero siendo para un objéto tan santo luego te los daré.

Per. (*Aparte.*) Y yo los llevaré á la modista para pagar los trages de máscaras.

Mel. Mi hijo Eugenio es un portento de aplicacion, y un modelo de buena conducta: un año se ha estado estudiando en Alcalá sin acordarse de Madrid para nada.

Per. (*Aparte.*) Escepto de su querida, á quien ha venido á ver mas de cien veces.

Mel. No digo nada de mi hija Mariquita. ¿Qué muchacha tan dócil! Es como una malva. ¿Y qué inocencia! Apuesto á que no sabe siquiera qué cosa es un amante.

Per. (*Aparte.*) Preguntádselo á su don Gabriel.

Mel. Puede usted decir, señor don Roque, que lleva

por muger una muchacha como hay pocas, que le querrá mucho, le mimará, y le estará haciendo fiestas de dia y de noche.

Roq. En esa inteligencia me he decidido á tomar estado y á cargarme con los gastos de una boda y de una muger, que ahí es nada; pero ya voy para los sesenta y cinco, y aunque me conservo, bendito sea Dios, como una manzana, necesito tener quien me cuide, y una persona á quien dejar mis patacones.

Mel. No es precisamente su dinero de usted lo que me inclina á esta boda, sino el deseo de dar á mi hija por marido un hombre de juicio y esperiencia, y no un barbilampiño monuelo y petimetre que no supiese procurar por su casa y abandonase sus obligaciones.

Roq. ¿Pero está usted seguro de que la chica se casará gustosa conmigo, y que no está enamorada de nadie?

Mel. ¿Pues no se ha de casar con gusto? Basta que yo se lo mande. Y en cuanto á queridos, cuando yo le digo á usted que no los tiene... Figúrese usted si á mí se me habria escapado. Jamas se ha atrevido ni siquiera á mirar á un hombre. ¿Habia ella de amar á nadie en secreto, ni andar en coloquios con su querido por la reja, como hacen otras...? Verbi-gracia, su amiga la Autoñita, la hija de don Pedro, nuestro vecino, que tiene escandalizada la calle... (*A Perico.*) Hombre, ¿quién será ese embozado que habla con la tal Antonia tantas noches por la reja? ¿Le conoces tú?

Per. ¿Yo...? No señor: no tengo noticias...

Mel. Pues á mí se me figura que tú lo sabes y me lo ocultas. ¡Cuidado con ella! Mira que quiero enterrarme de esa intriga; y sin que pase de boy me lo has de averiguar.

Roq. Deje usted que se hablen cuanto quieran, y deje al padre de esa niña el cuidado de vigilar sobre su conducta. A usted le basta que en su familia no se cometan tales escesos.

Mel. ¡Oh! eso no. (*Mira el reló.*) ¡Hola, hola! Las diez y media muy largas de talle... ¡Qué pronto se pasa la mañana! ¡Ha oído usted misa, señor don Roque?

Roq. Aun no.

Mel. Pues si usted quiere iremos á oír juntos la de once á San Ignacio, que es cortita, y está cerca.

Roq. Como usted guste.

Mel. Pues vamos... Con que, Perico, no olvides averiguar quién es aquel sugeto.

Per. ¿Qué sugeto?

Mel. ¿No te acuerdas? El que habla con la Antoñita.

Per. ¡Ah! ya estoy.

Mel. Abur.

ESCENA II.

PERICO.

¡Si supiera que es su hijo, á quien tiene por un modelo de aplicacion y recogimiento! ¡Qué hombre! Siempre arreglando los negocios ajenos, y deja que los suyos vayan á la diabla. No cesa de oler y husmear cuanto se hace en las casas de los demas, é ignora lo que pasa en la suya.

ESCENA III.

PERICO. DOÑA CESAREA.

Ces. Perico, ¿pediste aquel dinero á mi marido?

Per. He aprovechado una ocasion oportuna que se me presentó para ello, y ha quedado en que luego me lo dará.

Ces. ¿Fuiste á casa de la modista?

Per. Sí señora: ha dicho que traerá el vestido esta tarde sin falta.

Ces. ¿Es bonito?

Per. Por lo que he visto ha de ser precioso; pero la pícara hace valer sus puntadas.

Ces. No importa: mi marido paga.

Per. La broma será cuando llegue á saber don Melchor que la corona de plata para la Virgen, se ha convertido en trages de baile.

Ces. No me quitará el haberme divertido.

Per. ¡Qué diversion! Meterse en medio de aquella barahunda de bracero con un maridazo que de todo hará caso menos de su pareja.

Ces. ¿Piensas que he de ir con mi marido? ¡Bueno fuera!

Per. ¿Pues con quién?

Ces. Será, mediante Dios, con un jóven muy buen mozo, y muy amable.

Per. Ya caigo. Es uno que ha conocido usted en la tertulia de doña Juana, que se llama don Gabriel, que estuvo ayer en conversacion con usted toda la noche, la acompañó hasta casa, y quedó en venir hoy á visitarla.

Ces. Tú eres el demonio. ¿Y cómo lo has sabido?

Per. Conozco mucho á ese caballerito, y esta mañana me lo ha contado él mismo todo.

Ces. ¿Verdad que es muy buen mozo?

Per. ¡Cáspita si lo es! ¿Pero consentirá don Melchor en que vaya usted con él?

Ces. Pienso ir sin que él lo sepa; y para esto cuento contigo.

Per. Mande usted cuanto guste; ya sabe que me pinto solo para esta clase de intrigas, y que aunque su esposo me tiene dicho que la cele, no le hago caso, porque siempre he sido inclinado á tomar el partido de las mugeres en contra de los maridos.

Ces. Pues luego cuando venga don Gabriel concertaremos los medios de salir de casa sin ser oida ni vista. Abur. (*Vase.*)

Per. Vaya usted con Dios.

ESCENA IV.

PERICO. *Luego* DOÑA MARIQUITA.

Per. Pues señor, véase una madre rival de su hija... pero aquí viene la niña.

Mar. Perico, ¿has visto á mi novio?

Per. Sí señora.

Mar. ¿Te ha dado alguna carta para mí?

Per. No señora.

Mar. Pues ¿cómo? ¡Infiel! ¡Ingrato! ¿No sabe que tiene obligacion de escribirme todos los dias?

Per. Como ha apurado en sus cartas cuanto ha leído en la nueva Heloisa y otras novelas, no sabe ya qué decir, y por esta vez no ha salido el correo.

Mar. ¿Tenia mas que repetir lo que me ha escrito en otras cartas?

Per. Le da vergüenza el repetirlo por la centésima vez.

Mar. No importa: ¡me gusta tanto!

Per. Y luego desde que supo que sus cartas paraban en papillotes para los rizos... Pero dejándonos de chanzas, tengo, señorita, que comunicar á usted dos noticias; una buena y otra mala.

Mar. ¿Cuáles son?

Per. Empezaré por la buena. Su novio de usted, don Gabriel, va á venir hoy á casa.

Mar. ¿De veras?

Per. Y regularmente será ya visita diaria.

Mar. ¡Ay, qué gusto! ¿Pues cómo ha podido introducirse...?

Per. Por la casualidad de haber conocido á su madre de usted en una tertulia.

Mar. ¿Con que hoy vendrá?

Per. Esta mañana misma.

Mar. ¡Válgame Dios, cuánto tarda!

Per. Vaya ahora la noticia mala, pero no tiene usted que alligirse.

Mar. (*Aparte.*) Lo que siento es el estar hoy tan mal vestida.

Per. La cosa podrá componerse habiendo maña.

Mar. ¿Por qué no me lo has dicho antes? me hubiera puesto la dulleta nueva.

Per. ¿Quiere usted atender, señorita?

Mar. Sí, ya atiendo.

Per. Sepa usted que su padre quiere casarla.

Mar. ¿Tambien eso? ¡Ay, qué buen papá!

Per. ¿Se alegra usted?

Mar. Ya se ve que sí: voy á ser muy feliz con él.

Per. ¿Quién es él?

Mar. Don Gabriel.

Per. El caso es que no es ese el novio que su padre de usted la destina.

Mar. ¿No? Pues yo no quiero otro.

Per. Bien hecho; pero como don Melchor no tiene cuenta con eso, ha dispuesto ya de su mano de usted, y se la ha prometido á don Roque.

Mar. ¿Á ese vejestorio...? ¡Vaya! tú te burlas.

Per. No señora: créame usted.

Mar. Primero me enterrarán con palma.

Per. Pues don Melchor quiere antes que sea usted martir.

Mar. Le diré que don Roque es feo, viejo, achacoso, que no le puedo ver, y que quiero meterme monja.

Per. Recurso de todas las muchachas cuando no pueden hacer su gusto. Déjese usted de eso, y siga mis consejos.

Mar. ¿Cuáles son?

Per. Primero, fingir que acepta usted gustosa ese marido.

Mar. Eso no.

Per. No sea usted niña. Don Melchor es testarudo: si usted resiste, se aferrará mas en su idea, tendremos funcion, y nada adelantaremos. Aquí no hay mas arbitrio que apelar á los ardides é intrigas... buscar los medios de dar al traste con la boda, disparando el tiro y ocultando la mano; y luego que alguno de los dos viejos se haya llamado audana, vendrá bien que don Gabriel presente su solicitud, que entonces no será mal admitida si entre tanto se sabe ganar la voluntad de vuestro padre.

Mar. ¡Ay, qué bueno serás si consigues que yo me case con don Gabriel!

Per. Deje usted: poco he de poder, ó don Roque se quedará tocando tabletas.

Mar. ¡Cuánto te querré entonces!

Per. Bueno, bueno... Por ahora conviene que no nos sorprendan hablando. Márchese usted.

Mar. Á Dios... ¡Ah! cuidado con avisarme cuando venga don Gabriel.

ESCENA V.

PERICO. DON EUGENIO.

Per. ¡Qué cabeza tan ligera! Aquí está el otro enamorado.

Eug. Perico, sé que esta noche va mi Antoñita á las máscaras, y quiero tambien ir: cuento contigo para salir de casa.

Per. Sí, pero antes debe usted cuidar de andar listo y ver lo que hace: su padre de usted le ha visto á la reja de la tal Antoñita, y es un milagro no le haya conocido.

Eug. Cuidado con descubrirme.

Per. Ya estoy en eso; pero algo habrá que decirle, pues me ha encargado le averigüe quién es el que habla con esa señorita; y como sabe mi maña, si me negase á satisfacer su curiosidad, perdería la gran confianza que tiene en mí, y que tan necesaria nos es en esta circunstancia.

Eug. Dile alguna mentira.

Per. Eso no necesita usted aconsejármelo, que á mí me es mas facil mentir que decir la verdad... Pero por de pronto, debe usted dejar de hablar á su querida por la reja. Eso era bueno cuando estaba en Alcalá y venia á Madrid de incógnito solo con ese objeto. Ahora que está usted en casa, y tiene la proporcion de ver y hablar en ella á doña Antonia, fuera imprudencia arriesgarse por el placer de estar pelando la pava de noche y á deshora.

Eug. Tienes razon. Por fortuna hoy tendremos en casa todo el dia á la Antoñita, pues viene á comer con nosotros.

Per. ¿Entonces qué mas quiere usted?

Eug. Por lo que hace al baile, tendrás entornada la puerta de la calle, y...

Per. Descuide usted: lo arreglaré de modo que le quede á usted el camino espedito.

Eug. Pues abur; voy á buscar mi traje.

ESCENA VI.

PERICO.

¿Hay alguien mas á quien confesar? Vaya que estoy hecho el confidente de toda la familia. ¡Pobre don Melchor! piensa que nada se le escapa, é ignora que su muger se la pega, que sus hijos andan en intri-
gas amorosas, y que yo (el depositario de toda su confianza) le traigo engañado como á un chino. Viva la perspicacia del señor don Melchor. Sin embargo, la cosa se va enredando. Él no parará hasta conocer al amante de doña Antonia... Por otra parte, esta introduccion tan inesperada y tan sin motivo de don Gabriel en su casa, le ha de dar que sospechar y puede infundirle recelos... Es preciso inventar algun pretesto... ¡Bueno! ¡Qué feliz ocurrencia! Ello es un embuste como una casa; pero es el modo de satisfacer su curiosidad y prevenir al mismo tiempo sus sospechas.

ESCENA VII.

DON MELCHOR. PERICO.

Per. Albricias, señor don Melchor.

Mel. ¿De qué?

Per. He averiguado ya quién es el que habla con la Antoñita.

Mel. ¡Hombre! ¿tan pronto?

Per. Ahí verá usted cuál es mi actividad cuando se trata de servirle.

Mel. Sí, ya la conozco; pero por esta vez no me la pegas. Tú lo sabias ya esta mañana, y viendo que no te es posible ocultarlo, me quieres ahora vender esa fineza.

Per. ¡Qué malo es usted! Nada se le escapa.

Mel. ¡Oh! á mí nadie me engaña.

Per. Es cierto que lo sabia; mas no creí conveniente decírselo á usted delante de don Roque.

Mel. Con que vamos, ¿quién es?

Per. Es un tal don Gabriel de Mendoza.

Mel. ¿Mendoza...? calla, ¿si será el hijo de don Fernando de Mendoza, un comerciante que vive en la calle de la Montera?

Per. El mismo: ¿le conoce usted?

Mel. Lo que es él no le tengo muy presente, porque no le he visto desde que era tamañito; pero su padre ha sido muy amigo mio... Hombre muy guapo, honradote, y que tiene un caudal muy saneado.

Per. Pues señor, el tal don Gabrielito y la Antoñita están perdidamente enamorados.

Mel. Pero ¿la cosa no pasa de hablarse por la reja? ¿Él no entra en la casa?

Per. ¿Qué! no señor.

Mel. Es estraño; porque si no me engaño, los padres deben tener algunas relaciones; y no le fuera difícil á don Gabriel teniendo interes...

Per. Es que... usted no sabe... Las dos familias estan ahora contrapuntadas.

Mel. ¡Ah! ¡ya...!

Per. Por eso... que si no... ya ve usted... Asi es que no se dé usted por entendido con don Pedro cuando le vea.

Mel. ¡Oh! no... Y á todo esto, el tal don Pedro estará todavía en ayunas de cuanto pasa.

Per. Por supuesto.

Mel. ¿Qué hombre! ¿Bendito Dios...! Se lo he dicho mil veces. Es usted muy descuidado, se la pegará un niño de dos años. Y luego se me viene con chulletas é ironías sobre si soy entremetido, sobre si ando con chismes y cuentos, sobre si traigo revueltas las casas de los amigos...

Per. ¡Jesus qué calumnia!

Mel. Veremos ahora si la esperiencia le desengaña. Su hija está dando que murmurar á toda la vecindad, y él ignora sus estravíos.

Per. Pues aun no lo sabe usted todo.

Mel. ¿Aun hay mas?

Per. Sí señor.

Mel. Pues vamos, cuéntame.

Per. Tratan de meterle á usted en la intriga.

Mel. ¿A mí?

Per. Como don Gabriel no entra en casa de don Pedro por ciertos recelos y consideraciones que tiene, sabiendo que doña Antonia es muy amiga de su hija de usted, y está casi siempre con ella, ha tratado de introducirse aquí á fin de ver y hablar con mas libertad á su querida...

Mel. ¿Haya bribon!

Per. No sé cómo se ha ingeniado; pero ello es que ha adquirido ciertas relaciones con su señora de usted, y hoy mismo le verá usted venir bajo el pretexto de hacerle una visita de cumplimento.

Mel. ¿Qué es lo que dices?

Per. La verdad. Todo lo he sabido por una casualidad; y he creído que sería faltar á mi deber el tenersele á usted oculto.

Mel. Y has hecho muy bien en decírmelo. Ahora me las pagará todas juntas el tal don Pedro.

Per. ¿Qué intenta usted hacer?

Mel. Todavía no lo sé muy bien. Me bullen mil ideas en la cabeza, y... Pero luego que forme mi plan te lo explicaré. Ahora vé y di á mi muger y á mi hija que vengan acá, que tengo que hablarlas.

Per. Voy allá.

ESCENA VIII.

DON MELCHOR.

Los dos muchachos se quieren, la boda es buena: con que no hay inconveniente en casarlos sin que lo sepa el padre de ella; y luego le presentaré á los novios y le diré: esto hay: aprenda usted á hacer las cosas, y convénzase de que es un mentecato.

ESCENA IX.

DOÑA CESAREA. DOÑA MARIQUITA. DON MELCHOR.

Ces. ¿Qué es lo que nos quieres, Melchor?

Mel. Tengo que comunicaros un asunto de la mayor importancia; pero antes debéis tener entendido que quiero ser obedecido en todo y por todo sin la menor murmuracion ni réplica. Tú principalmente, Mariquita, á quien toca este asunto mas de cerca, no olvides que la primera obligacion de una hija es el ser dócil y obediente.

Mar. Bien está.

Mel. Mira que sino, Dios te lo pedirá en cuenta.

Mar. Ay, no lo permita su divina Magestad.

Mel. Por otra parte debes conocer que yo no quiero sino tu bien.

Mar. Ya lo sé.

Mel. Ni te mandaré nunca cosa que no esté puesta en razon, y no sea para tu mayor conveniencia.

Ces. ¿Pero á qué viene ahora todo ese preámbulo?

Mel. Esto es para que sepa que un padre debe ser siempre obedecido, máxime cuando trata de dar á su hija una colocacion para toda su vida.

Ces. Pues qué, ¿quieres casarla?

Mel. Sí, querida.

Ces. ¿Qué cosas tienes! Es mucho prurito el que tienen los padres por casar á sus hijas tan muchachas.

Mel. No, sino que aguardaremos á que nadie las quiera ya de puro viejas.

Ces. Asi la llaman á una abuela antes de tiempo.

Mel. Ahí te duele.

Ces. ¡Vaya! como que en muchas partes me tienen por hermana de la Mariquita mas bien que por su madre.

Mel. Pues yo, amiga, estoy rabiando por tener un par de nietecitos que anden brincando alrededor de mí, y me diviertan con sus monadas. Con que si te pesa, paciencia.

Ces. ¿Y quién es el dichoso?

Mel. Nuestro amigo don Roque.

Ces. ¿Don Roque!

Mel. No es que digamos un jóven adamadito y petimetre; pero es un hombre de juicio, y sobre todo tiene dinero, que es lo que importa... Estoy seguro de que á Mariquita la gusta: ¿no es verdad?

Mar. En gustándole á usted...

Mel. (*Remedándola.*) En gustándole á usted... ¿Qué modo de responder es ese? Alce usted la cabeza... (*Señala la frente.*) Míreme usted aquí... ¿No es verdad, señorita, que la gusta á usted el novio?

Mar. Sí señor.

Mel. ¿Ah, ah! Eso es otra cosa: pensé que le hacia usted ascos.

Ces. No se ha de poner á bailar. Basta que no resista.

Mel. Eso quisiera yo ver, que se resistiese.

Ces. Como la edad es algo desproporcionada...

Mel. ¿Qué! La Mariquita no repara en eso; y si le propongo este novio es porque sé que le tiene inclinacion... ¿No es cierto, señorita?

Mar. Yo...

Mel. Míreme usted. ¿No es cierto que es usted la que se quiere casar con don Roque?

Mar. Sí señor.

Mel. Pues: yo no trato de violentarla, ella hace su gusto.

ESCENA X.

DICHOS. PERICO.

Per. Don Gabriel de Mendoza pide permiso para ofrecerse á la disposicion de ustedes.

Ces. ¿Don Gabriel? Que entre al momento.

Mar. (*Aparte.*) ¡Ay, qué gusto! Ya está ahí.

Mel. Que pase adelante ese caballero. (*Vase Perico.*)

ESCENA XI.

DICHOS, *menos* PERICO.

Ces. Niña, vete allá dentro.

Mar. ¿ Por qué, mamá?

Ces. No haces falta aquí para nada.

Mel. Déjala. ¿ Qué mas da?

ESCENA XII.

DICHOS. DON GABRIEL.

Gab. Señora, á los pies de usted; ya ve usted que he cumplido mi palabra.

Ces. No esperaba yo menos de su urbanidad de usted.

Gab. Este caballero que está presente ¿ es su señor esposo de usted?

Ces. Sí señor.

Gab. Reconózcame usted por un servidor suyo.

Mel. Lo mismo digo, caballero. ¿ Usted no se acordará de haberme visto en casa de sus padres?

Gab. Sí tal, tengo una idea...

Mel. Somos muy amigos... es verdad que no nos vemos ya tan á menudo como antes desde cierta especulacion que perdió. Usted era entonces muy niño...

Gab. Sí señor... ¿ Usted es sin duda aquel que lo arreglaba todo en casa, que despedia los criados, que me sacaba á paseo, y me registraba los bolsillos para ver si tenia cuartos y confites, que daba luego á los demas muchachos?

Mel. El mismo... Vaya, vaya... el bueno de Gabrielito... ¿ Y cómo ha crecido! Ya nos hace viejos. Con que amigo, esta casa es de usted; puede mandar en ella como guste. Mi muger y mi hija tendrán un particular placer en que usted las favorezca con sus visitas.

Ces. Sí señor, puede usted venir á todas horas.

Mar. Por la mañana, por la tarde, y por la noche, aquí.

Gab. Precio como debo el favor que ustedes me dispensan, y aprovecharé las ocasiones de disfrutar de su amable sociedad.

Mel. ¿ Está usted hoy comprometido en alguna parte?

Gab. No señor.

Mel. Pues entonces comerá usted con nosotros.

Gab. Oh, dispéñeme usted...

Ces. ¿Por qué?

Mar. Quédese usted.

Mel. No hay excusa que valga. Hoy es usted nuestro.

Gab. Ya que ustedes se empeñan, me quedaré.

Mel. Eso me gusta. Mientras llega la hora de comer pueden ustedes ir á dar un paseo al Prado, que hoy debe estar brillante.

Ces. Me agrada la idea. Vámonos, hija, á poner las mantillas.

Mar. Voy corriendo, madre... Hasta luego, don Gabriel.

Gab. Á los pies de ustedes, señoras.

ESCENA XIII.

DON MELCHOR y DON GABRIEL.

Mel. Me alegro de que nos hayan dejado solos: con eso podremos hablar con toda libertad.

Gab. Hable usted cuanto quiera, señor don Melchor.

Mel. Ya ve usted que le he tratado con toda franqueza y cortesanía, con que no tendrá de que quejarse.

Gab. No por cierto; y antes debo agradecer...

Mel. Déjese usted de agradecimientos. Me ratifico en lo dicho; puede mandar aquí como guste... Pero, amigo don Gabriel, hablemos claros. ¿Le parece á usted que á un hombre como yo, á quien nada se le escapa, no habrá dado que sospechar esta venida suya á mi casa, tan inesperada y (por decirlo así) tan sin fundamento?

Gab. ¿Qué dice usted?

Mel. Vamos, hábleme usted con franqueza. ¿No ha llevado en ello algun fin particular?

Gab. He llevado el de cumplir con lo que mandan la política y los usos de la sociedad.

Mel. No es eso, no señor. Otro es el objeto de usted... Amigo, á mí no me la pega nadie.

Gab. Pues qué, ¿me supondrá usted algun fin criminal...?

Mel. No, sino una travesurilla... Cosa de muchachos... todos hemos hecho lo mismo.

Gab. Yo no le entiendo á usted.

Mel. Vamos, no hay que disimular... si lo sé todo.

Gab. ¿Cómo?

Mel. Sí señor; sé el objeto con que viene usted á mi casa.

Gab. ¿Qué objeto?

Mel. ¿Quiere usted que se lo diga? El amor: sí señor, el amor: este es el objeto. Niéguelo usted.

Gab. Yo... cómo... pues...

Mel. Nada, no hay que turbarse.

Gab. Yo no me turbo; pero ¿quién le ha dicho á usted que...?

Mel. Amigo, tengo yo un talento particular para saber las cosas... con que fuera misterios. Confiese usted francamente que lo que le trae aqui es solamente el deseo de ver y hablar con libertad á la persona á quien ama.

Gab. Pues bien, ya que usted lo sabe, fuera un empeño inútil el negarlo. Sí señor, es cierto lo que usted dice: conozco cuán criminal debe hacerme á sus ojos una accion tan reprehensible, á que solo me ha podido arrastrar un amor ciego.

Mel. La verdad: no es muy laudable el introducirse asi en casa de un hombre honrado para cortejar á las niñas.

Gab. Si se ha enojado usted, suplico que me perdone; y en cuanto á las consecuencias que pudiera acarrear mi culpa, es facil evitarlas ausentándome de esta casa para siempre.

Mel. No señor; todo menos eso... ¡Vaya! ¡no faltaba mas! por eso no hemos de perder las amistades. ¿Qué dirian mi muger y mi hija, que tanto gusto han recibido con su venida de usted?

Gab. Pero despues de lo que usted sabe, ¿consentirá que yo...?

Mel. Entendámonos... su amor de usted supongo que será puro, honesto...

Gab. ¡Oh! eso sí.

Mel. ¿Usted pensará como debe todo hombre de bien?

Gab. Fuera agraviarme creer otra cosa.

Mel. Ya ve usted, la muchacha es guapa.

Gab. Es hechicera.

Mel. Su familia es honrada.

Gab. Ya lo sé.

Mel. Llevará un dote regular.

Gab. No hablemos de eso: solo deseo su mano.

Mel. Todo se ha de mirar... En fin, usted no pierde nada en casarse con ella.

Gab. Antes gano infinito.

Mel. En esa inteligencia, no veo inconveniente en que siga usted frecuentando mi casa.

Gab. ¿Luego usted aprueba mi pasión?

Mel. Sí señor; mucho.

Gab. ¡Qué placer! ¡Cuánto le debo á usted! ¿Y puedo esperar que al fin obtendré su mano?

Mel. ¿Por qué no? En queriendo el padre...

Gab. Se entiende: pero segun usted se esplica creo que ya no queda por su parte inconveniente alguno.

Mel. Hombre, yo por mi parte haré todo cuanto pueda: no sé, sin embargo, si el don Pedro pondrá algun reparo.

Gab. ¿Qué don Pedro?

Mel. El padre de la Antoñita.

Gab. ¿De la Antoñita?

Mel. Yo le hablaré. Le diré que usted quiere á su hija, y que ella le corresponde: le ponderaré las ventajas de la boda; y no creo que sea tan irracional que se niegue á una cosa tan justa.

Gab. (*Aparte.*) ¡Qué oigo...! ¡Cielos...! ¿Qué equivocacion es esta?

Mel. Él es un buen hombre, y á no ser por ciertas rarezas...

Gab. (*Aparte.*) ¡Murieron mis esperanzas!

Mel. Ello es de temer sin embargo... ¡Ya se ve...! tiene cierta prevencion contra todo lo que yo hago y digo... y si voy y le propongo directamente esta boda, solo por ser cosa mia, es capaz de negarse...

¿Qué es eso? ¿Se ha quedado usted suspenso y cabizbajo...? No, no se aflija usted por esto que digo. Hay remedio para todo; y en tomando yo un asunto por mi cuenta...

Gab. No tiene usted que molestarse.

Mel. No es molestia: estas cosas las hago yo por gusto... Mire usted... Por si acaso el padre se resiste, lo mejor será que se casen ustedes de secreto; y hecha la boda, tendrá que tragarla aunque rabie.

Gab. Sí; pero advierta usted que fuera una acción esa impropia de un hombre de honor.

Mel. No lo crea usted. Cuando los medios regulares no bastan, ¿qué mal hay en echar mano de inocentes ardidés para conseguir un fin que se desea y á que se aspira con ansia, y que es muy santo y muy bueno?

Gab. ¿Luego usted piensa que es lícito engañar á un padre para casarse con su hija?

Mel. Si la boda es conveniente, y el padre se resiste solo por terquedad ó por manía, ¿por qué no?

Gab. Cuidado, que usted tiene una hija, y hay gentes que si lo oyeran...

Mel. ¡Oh! yo nada temo. Todavía no ha nacido el que me ha de engañar á mí... tengo yo mucha perspicacia y mucha trastienda para que eso suceda.

Gab. (*Aparte.*) Pues yo te aseguro que no caerá la especie en saco roto.

Mel. Con que fuera escrúpulos... Yo me he empeñado en casarle á usted... Déjese guiar por mí, y verá lo que es la protección de un hombre como yo... Pero aquí viene don Pedro con su hija. Ella comerá hoy en casa, y por eso ha sido mi empeño de que usted se quedase.

ESCENA XIV.

DICHOS. DON PEDRO. DOÑA ANTONIA.

Mel. Á buena hora llegan ustedes: mi muger y mi hija han ido á aviarse para salir, y podrán ustedes ir juntos al paseo.

Ped. Por eso hemos venido temprano, suponiendo que querian aprovechar la mañana, que está hermosa.

Mel. ¿Conoce usted á este caballero?

Ped. No tengo ese honor.

Mel. Es el hijo de don Fernando de Mendoza.

Ped. Ah, sí: lo que es al padre le conozco.

Mel. ¿Y tú, Antoñita, tampoco le conoces?

Ant. No señor.

Mel. (*Aparte.*) ¡Qué pícara! ¡cómo disimula!

Ped. ¿Qué novedades tiene usted hoy, don Melchor?

Mel. Ninguna.

Ped. Milagro. Muy tranquilo debe de andar el mundo cuando usted no sabe nada; pues como dice, la hoja no se mueve en el árbol sin que lo sepa.

Mel. Ya se ve que sí... Pero usted siempre toma á burla cuanto digo.

Ped. ¡Si á veces las trae tan gordas...! Y luego ¿quién no se ha de reír cuando usted se pone á arreglar el mundo?

Mel. Algo mejor iría el mundo si yo lo arreglase.

Ped. Todos decimos lo mismo; pero hombre hay que piensa haber nacido para gobernar un imperio, y no sabe gobernar su casa.

Mel. Si lo dice usted por mí, sepa que tengo la mia como una balsa de aceite.

Ped. No digo que no: sin embargo, ¡cuántas cosas pasarán en ella sin que usted las sepa...!

ESCENA XV.

DICHOS. DOÑA CESAREA. DOÑA MARIQUITA. DON EUGENIO.

Ces. Ya estamos listas. Vamos... Salud, señor don Pedro.

Ped. Á los pies de usted, señora.

Mar. Buenos dias, Antoñita. ¿Vienes á pasear con nosotras?

Ant. Sí.

Mar. ¡Cuánto me alegro!

Eug. Dueño mio, ¡qué dicha! (*Bajo á doña Antonia.*)

Ant. Calle usted. ¿No advierte que estan nuestros padres delante?

Ces. Con que vamos: no perdamos tiempo: don Gabriel, me dará usted el brazo.

Mel. No, querida: yo quiero arreglar la marcha: don Gabriel irá de bracero con la Mariquita.

Mar. Con mucho gusto, papá.

Mel. (*Aparte á don Gabriel.*) No le pongo á usted con la Antoñita porque está su padre delante, no sea que repare en algo; pero luego que se marche, podrán ustedes hablar cuanto quieran.

Gab. Tiene usted mil razones... Doña Mariquita, si usted gusta...

Mar. Sí señor... (*Aparte á él.*) ¡Ay, qué gusto el ir juntitos!

Mel. Tú, Eugenio, darás el brazo á la Antoñita.

Eug. Al momento, padre: con mil amores.

Ces. Y yo ¿con quién voy?

Ped. Toma, conmigo.

Ces. ¿Con usted?

Mel. Sí: á ustedes dos, como personas de edad y de juicio, les corresponde ir detras para observar á los muchachos.

Ces. ¡Qué fastidio!

Ped. Con que, vamos.

Gab. Beso á usted la mano, don Melchor.

Eug. Quédese usted con Dios, padre.

Ped. Abur, amigo.

Mel. Señores, divertirse... Don Gabriel y la Antoñita no van á gusto; pero ¡cómo ha de ser! Otra vez será otra cosa.



ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

DON GABRIEL. PERICO.

Gab. ; **V**álgame Dios! ¡Qué muger! me persigue la tal doña Cesarea.

Per. Pues señor, no hay mas que tener paciencia y aguantar.

Gab. ¡Si no la puedo sufrir! En paseo, apenas salimos de casa, me llamó y tuve que ir la dando conversacion sin poder hablar siquiera dos palabras con su hija. En la mesa se ha puesto á mi lado y ha sucedido lo mismo. Estoy desesperado.

Per. Por la peana se besa al santo. Mime usted á la madre si quiere lograr la posesion de la hija.

Gab. Me falta el sufrimiento.

Per. Pues ya puede usted armarse de él, porque esta noche quiere mi ama ir con usted á las máscaras.

Gab. Me alegro que me lo adviertas: voy á escurrirme, y no me verá el pelo hasta mañana.

Per. No haga usted tal, si no quiere perder todo lo que hoy ha adelantado.

Gab. ¿Qué adelantar? tú no sabes lo que me pasa.

Per. ¿Qué?

Gab. Pensé al principio haber logrado el objeto de todos mis deseos: don Melchor manifestaba aprobar mi amor; pero qué chasco. Salimos despues con que imagina que el objeto que me trae á su casa es doña Antonia.

Per. Ya lo sé, pues yo soy quien se lo ha hecho creer.

Gab. ¡Tú...! ¿Y por qué?

Per. Para alejar de él toda sospecha sobre sus verdaderas intenciones de usted... Guárdese de desengañarle: mire que nos encontramos con un inconveniente, que no habíamos previsto.

Gab. ¿Cuál?

Per. Que don Melchor trata de... Pero él viene aquí: luego se lo diré á usted.

ESCENA II.

DICHOS. DON MELCHOR.

Mel. Perico, allá dentro te necesitan para quitar la mesa.

Per. Voy. (*Vase.*)

ESCENA III.

DON GABRIEL. DON MELCHOR.

Mel. Amigo, yo le habia puesto á usted en la mesa al lado de la Antonia para que hablase con ella; pero es tal el cariño que mi muger le ha cobrado á usted, que no le ha dejado un instante de sosiego.

Gab. No le hace: uada tenia que decirla.

Mel. ¿Cómo no? Dos amantes siempre tienen mil cosas que decirse... Pero no hay nada de perdido: espérese usted aquí, que yo con cualquier pretesto haré que venga y...

Gab. No señor: es escusado.

Mel. Conviene que la hable usted de mí; que la diga cuánto me intereso en el éxito de sus amores; y en fin, que todos tres nos pongamos de acuerdo para llevar á efecto lo que le he dicho á usted. Con que voy.

Gab. Pero no ve usted que si entra alguien aquí y nos sorprende solos sospechará...

Mel. Bueno: me quedaré con ustedes: mi presencia no puede servir de estorbo para que se hablen con franqueza.

ESCENA IV.

DICHOS. PERICO.

Per. Señor, don Roque quiere hablar con usted.

Mel. ¡Qué diablos! ¡Á qué mal tiempo ha llegado!

Per. Se ha metido en su gabinete de usted, y dice que allí le espera.

Mel. Pues dile que voy allá al momento.

ESCENA V.

DON GABRIEL. DON MELCHOR.

Mel. Con esto ya no puedo quedarme.

Gab. Pues dejémoslo para otra ocasión.

Mel. No tal; no quiero que pierda usted esta.

Gab. ¿Qué prisa hay?

Mel. Amigo, ya veo que usted tiene mucha sangre fría... Yo por mí soy vivo como una pólvora, y quiero que las cosas se hagan al vuelo. Me he empeñado en casarle á usted; y si puede ser hoy, no ha de quedar para mañana.

Gab. Pero ¿qué se ha de hacer?

Mel. Bien mirado, hasta que usted haya enterado de todo á la Antonia, mi presencia no es necesaria.

Gab. Siempre queda la dificultad de que si estando solos llegase de repente su padre...

Mel. Ya que tiene usted ese reparo, y solo se necesita que alguien esté presente por el qué dirán, mire usted, mi hijo Eugenio podrá... Sí, voy á buscarle; le diré lo que hay en el particular, y haré que venga.

Gab. ¡Qué idea!

Mel. Es excelente. Delante de él podrán ustedes hablar sin reparo... Voy corriendo... ¡Válgame Dios! ¡Qué ganas tengo de que se haga esta boda...! Mire usted, quiero que se celebre el mismo día que la de mi hija.

Gab. ¿De quién?

Mel. De mi hija Mariquita.

Gab. ¿La casa usted?

Mel. Sí señor, de eso voy á tratar ahora con don Roque.

Gab. ¿Y ella consiente?

Mel. ¿No ha de consentir? Esta mañana misma me ha dicho que le gusta mucho el novio... Con que á Dios. Quédese usted aqui, que ahora vendrán la Antonia y Eugenio.

ESCENA VI.

DON GABRIEL.

¿Qué es lo que he escuchado? ¿Mariquita se casa con otro y se casa á gusto, y me lo ha tenido oculto! ¿Qué engaño! ¿Qué maldad! Fíese usted luego en las mugeres.

ESCENA VII.

DON GABRIEL. DOÑA MARIQUITA.

Mar. He estado esperando á que se marchase mi padre para entrar y decirle á usted...

Gab. ¿Qué me ha de decir? Que es usted una infiel, una falsa, una aleve...

Mar. ¿Cómo es eso?

Gab. Usted se ha burlado de mí... sí: ya veo que todo el cariño que me ha manifestado ha sido solo una ficcion, un engaño.

Mar. ¿Un engaño!

Gab. No hay que disimular. Todo lo he descubierto, ingrata.

Mar. ¿Qué ha descubierto, usted?

Gab. ¿Quién dijera, al ver un semblanse tan cariñoso, tan afable, que habia de abrigar en su corazon tanta perversidad?

Mar. Usted se ha vuelto loco.

Gab. Pero ya he tomado mi partido... Á Dios, señorita: me marcho ahora mismo de esta casa para no volver á poner los piés en ella.

Mar. ¿Qué dice usted?

Gab. Haga usted cuenta que no me ha conocido.

Mar. No se marche usted.

Gab. No hay que detenerme; estoy resuelto.

Mar. Pues bien, váyase; ya sé lo que es. Usted se ha cansado de amarme y quiere romper conmigo. (*Llora.*)

ESCENA VIII.

DICHOS. DOÑA ANTONIA.

Ant. Mariquita, me ha dicho tu padre que... Mas ¿qué es esto? ¿Qué tienes?

Mar. ¿Qué he de tener? Que el señor me acaba de decir unas cosas...

Ant. ¿Don Gabriel?

Mar. Sí, y dice que se marcha y que no quiere volver á verme.

Ant. ¿Es posible?

Mar. ¿Quién lo creyera, después que me aseguraba en sus cartas consentiría primero morir que abandonarme...?

Ant. Pero ¿qué causa...?

ESCENA IX.

DICHOS. DON EUGENIO.

Eug. (*Aparte.*) Con efecto, aquí están. Cierto es lo que mi padre me ha dicho. ¡Qué maldad! ¡Quién lo creyera! Señorita, me alegro de encontrarla á usted aquí. Vengo á decirle, que si hasta ahora la he profesado el mas sincero cariño, de hoy mas todo mi amor queda convertido en aborrecimiento.

Ant. Esta es otra.

Eug. Ya la conozco á usted, y sé hasta dónde llega su falsedad y su perfidia.

Ant. ¿Es á mí á quien se dirigen esas palabras?

Eug. Sí señora, á usted.

Ant. ¿Y qué motivo he dado para...?

Eug. No necesito decirlo: bien lo sabe usted; pero sepa tambien que si hasta ahora he vivido engañado, ya he abierto los ojos: esta es la última vez que usted me ve; pues aunque venga á mi casa, yo huire siempre la presencia de una muger engañadora: quédese usted con Dios... Para siempre. (*Vase.*)

Gab. Tiene razon: yo tambien quiero imitar su ejemplo. Á Dios, señorita... para siempre... (*Vase.*)

Ant. Yo estoy aturdida.

Mar. Buenas hemos quedado.

Ant. Estos, estos son los hombres.

Mar. Bien decia mi ábuela, que son muy malos.

Gab. Vuelvo para decirla á usted que no se canse en enviarme cartas con Perico, porque no recibiré ninguna.

Mar. No tenga usted miedo, que no escribiré.

Eug. Vuelvo para decirla á usted que será escusado me espere usted á la reja por la noche, porque ya nunca iré.

Ant. ¡En eso pensaba yo!

Gab. Quédese usted con Dios. (*Yéndose.*) ¿Eh? ¿me llamaba usted?

Mar. ¿Yo? no señor.

Gab. Pensaba. (*Se queda parado.*)

Ant. (*Á Eugenio.*) Y ¿usted se marcha ó se queda?

Eug. Ya me marcharé, señora, ya me marcharé.

Ant. Como se está usted ahí tan parado...

Eug. Muchos deseos tiene usted de que me vaya.

Ant. Sí señor.

Eug. Pues por lo mismo ahora me quedo.

Gab. Y yo tambien. (*Se sientan.*)

Ant. (*Á Eugenio.*) No señor. Usted se marchará, pero antes quiero que me dé una satisfacción por las palabras injuriosas que me ha dicho.

Eug. Bueno fuera que siendo yo el agraviado...

Ant. ¿Qué quejas tiene usted de mí? Esplíquese.

Eug. Su infidelidad.

Ant. ¿Mi infidelidad?

Eug. Sí señora. Usted me finge amor, y al mismo tiempo quiere á otro.

Ant. ¿Á quién?

Eug. Al señor.

Ant. ¿Á don Gabriel?

Eug. Al mismo. Usted es el objeto que le trae á esta casa.

Ant. Don Gabriel, venga usted acá: desengañe al señor. ¿Es cierto que tenga alguna relacion conmigo?

Gab. ¿Cómo puede ser, si es hoy la primera vez que he tenido el placer de verla?

Eug. Pues mi padre me lo acaba de decir.

Gab. Él está en ese error... Es un engaño que sin mi permiso ha fraguado Perico, á fin de ocultarle el verdadero motivo de mi venida aqui, que no es otro que el amor que profeso á su hermana de usted.

Mar. (Á don Gabriel.) Y usted dígame tambien el motivo de las palabras que ha tenido conmigo.

Gab. ¡Oh! en lo mio no cabe engaño: su mismo padre de usted me ha dicho que va á casarla, y que acepta gustosa el marido que la destina: ¿se atreverá usted á negarlo?

Mar. Que me quiere casar mi padre, es cierto; pero que yo acepte gustosa el novio que me propone ni consienta nunca en ello, es falso.

Gab. Pues él lo asegura.

Mar. ¡Ingrato! ¿Me presume usted tan infiel y tan necia, que despues de las pruebas de amor que le tengo dadas, haya de olvidarle? ¿Y por quién? Por un don Roque.

Eug. ¿Es don Roque el novio?

Mar. Sí, mira tú...

Eug. ¡Oh! Pues amigo don Gabriel, cesen sus zelos de usted. El tal don Roque es un viejo feo, regañon, y lleno de alifafes.

Gab. Pero ¿por qué me lo ha tenido oculto?

Mar. Hasta esta mañana no lo he sabido: en paseo queria decírselo á usted; pero bien sabe que mi madre no nos ha dejado hablar dos palabras seguidas.

Ant. ¿Quedan ustedes desengañados, caballeros?

Eug. Por mi parte lo estoy completamente.

Gab. Y yo lo mismo.

Ant. Pues bien, usted ahora quítese de mi presencia, y no vuelva á hablarme en su vida.

Mar. Y usted márchese al punto, y no se vuelva á acordar del santo de mi nombre.

Eug. Querida Antoñita, perdone usted un arrebatado nacido de los zelos, pero que es una prueba del ardor con que la adoro.

Ant. ¿Ahora se viene usted con zalamerías? No señor: nunca le perdonaré el agravio que me ha hecho.

Gab. Amable Mariquita, considere usted que era natural mi enojo pensando que iba á perderla para siempre.

Mar. Me tiene usted muy enfadada; no quiero escucharle.

Eug. (Á doña Antonia.) Prometo no recaer en semejante delito.

Ant. No me fio en sus promesas de usted.

Gab. (Á doña Mariquita.) Juro que será este el último disgusto que la cause.

Mar. No me vuelve usted á engañar.

Eug. (Á doña Antonia.) Tenga usted piedad.

Ant. Á otra puerta.

Gab. (Á doña Mariquita.) Míreme usted á sus pies.

Mar. Sí, ya es usted bueno.

Eug. Se lo ruego á usted de rodillas.

Ant. ¿De rodillas...? Mariquita, ¿qué hacemos?

Mar. Por mí...

Ant. ¿Les perdonamos?

Mar. Á tu arbitrio lo dejas.

Gab. (Á doña Antonia.) Mire usted, diga usted que sí.

Ant. No lo merecen; pero... ya está usted perdonado.

(Á don Eugenio.)

Eug. ¡Ah! ¡es usted divina! (La besa la mano.)

ESCENA X.

DICHOS. DON ROQUE, que ve á DON EUGENIO á los pies de DOÑA ANTONIA.

Roq. ¡Bueno, señor don Eugenio, bueno!

Eug. (Levantándose.) ¡Don Roque!

Ant. ¡Ah! (Vanse corriendo don Eugenio y doña Antonia.)

ESCENA XI.

DON GABRIEL. DON ROQUE. DOÑA MARIQUITA.

Roq. Pues me agrada la franqueza. ¡Qué risa será cuando don Melchor lo sepa!

Mar. Espero que no se lo dirá usted.

Roq. ¿Cómo que no? Ahora va á venir aquí, y así que entre se lo digo.

Mar. Pues como lo haga usted, le aseguro que se ha de arrepentir. *(Vase, y don Gabriel.)*

ESCENA XII.

DON ROQUE.

¿Si lo dirá por el casamiento? no me importa: aunque ella quiera resistirse, su padre sabrá muy bien obligarla á que me dé su mano; y en cayendo bajo mi mando, yo la aseguro que...

ESCENA XIII.

DON ROQUE. DON MELCHOR.

Roq. Venga usted acá, señor don Melchor; usted que tanto se jacta de saber lo que se hace en las casas ajenas, aprenda antes á conocer lo que pasa en la suya.

Mel. ¿Qué es lo que hay?

Roq. Acabo de presenciar el mayor escándalo que puede verse.

Mel. ¿Adónde?

Roq. Aquí mismo; en esta sala: no ha dos minutos.

Mel. ¿Aquí...? Dígame usted, ¿estaba la Antoñita?

Roq. Sí señor: con ella era precisamente.

Mel. ¡Ah, ah, ah!

Roq. ¿Se rie usted?

Mel. Ya sé lo que es... ¿Será que la haya usted visto con un jóven?

Roq. Eso mismo.

Mel. ¿Que la estaría tal vez enamorando?

Roq. Y muy eficazmente.

Mel. ¿Y pensaba usted cogirme de nuevas con esa noticia? Amigo, es preciso que se convenza usted de una verdad, y es que nadie se atreve á pestañear siquiera en esta casa sin consentimiento mio.

Roq. Pues qué, ¿era acaso con su consentimiento de usted que se estaban los otros dos requebrando?

Mel. Sí señor. Esos muchachos se quieren; han hecho confianza de mí; apruebo sus amores, y yo mismo soy quien les ha proporcionado el que se viesen y hablasen en este sitio.

Roq. ¡Ah! ya: eso es diferente... ¡como yo no lo sabia!

Mel. Pues sépalo usted ahora.

Roq. Ello es una cosa bastante estraña... En fin, usted allá se entenderá.

Mel. Ya se ve que me entiendo... Con que, ¿vamos á dar una vuelta por ahí?

Roq. Bueno. Iré, aunque no sea mas que por acompañarle á usted.

Mel. Un paseito corto... Antes de la oracion tengo que estar en casa.

ESCENA XIV.

DICHOS. DON GABRIEL.

Gab. Señor don Melchor, ¿me manda usted algo?

Mel. ¿Se marcha usted?

Gab. Si usted me da su permiso.

Mel. Pues amigo, repito lo dicho: ya sabe usted que se le desea servir... Acerca de aquel asunto, mañana hablaremos largamente. Déjese usted ver por ahí á eso de las once.

Gab. Bien está.

Mel. ¿Va usted ahora á su casa?

Gab. Aun no: pienso antes dar un paseito.

Mel. Pues lo mismo vamos á hacer don Roque y yo: si quiere usted acompañarnos...

Gab. Con mucho gusto: tendrán ustedes la bondad de esperarse un poco mientras me despido de las señoras.

Mel. ¿Todavía no se ha despedido usted de ellas? ¡Oh! Pues esa es obra larga... Si le toman por su cuenta no le sueltan en dos horas... No podemos detenernos... Quédese usted, que nosotros nos iremos solos.

Roq. Sí, mejor será. Así hablaremos de nuestros asuntos, y dejaremos orilladas las pequeñas dificultades que aun quedan.

Mel. ¡Oh! La presencia del señor no hubiera sido un estorbo. A Dios, amigo don Gabriel.

Gab. Beso á usted la mano.

ESCENA XV.

DON GABRIEL.

¿Con que este don Roque es el esposo que don Melchor destina á Mariquita? ¡Qué figura! ¡Y que haya padres que por un vil interes, ó por hacer muestra de una autoridad mal entendida, sacrifiquen sus hijas á semejantes entes...! Pero mi posicion aqui es bastante crítica: este Perico me ha metido en un laberinto de que no sé cómo salir.

ESCENA XVI.

DON GABRIEL. DOÑA CESAREA.

Ces. (*Aparte.*) Aqui está: gracias á Dios que le encuentro solo.

Gab. ¡Doña Cesarea! (*Aparte.*) Dios me la depare buena.

Ces. (*Aparte.*) Él es tan tímido, que si yo no le animo... ¿Usted aqui, don Gabriel? ¿Cómo tan solo?

Gab. Acaba de separarse de mí don Melchor.

Ces. ¿Ha salido?

Gab. Sí señora.

Ces. Me alegro.

Gab. Y yo tambien, con permiso de usted, me retiro.

Ces. ¿Tan pronto? No, quédese usted... Digo, si nuestra compañía no le es á usted desagradable.

Gab. ¿Desagradable...? Al contrario; me ofrece mil atractivos; pero estoy aqui desde esta mañana, y ya fuera abusar de la bondad de ustedes...

Ces. No lo crea usted... Si es por eso, no tiene que marcharse. Todos en casa, y yo en particular, tenemos gusto en que usted nos favorezca con su amable presencia.

Gab. Doy á usted infinitas gracias.

Ces. Ya sabe usted que se le quiere.

Gab. Favor que ustedes me dispensan.

Ces. Y eso que no lo merece.

Gab. ¿Por qué?

Ces. Porque es usted muy malo.

Gab. ¡Malo!

Ces. ¿Le parece á usted que no se le conoce?

Gab. ¿Por qué dice usted eso?

Ces. Ahora veo que he sido muy débil en permitir que usted entrase en mi casa.

Gab. ¿Acaso me he propasado en algo?

Ces. Pues qué, ¿se le figura á usted bueno lo que está haciendo?

Gab. ¿Qué hago yo, señora? (*Aparte.*) Si sabrá por ventura...

Ces. ¡Seductor!

Gab. (*Aparte.*) No hay duda, lo sabe.

Ces. Yo debiera haberle ya mandado á usted que se marchase de aqui, á no ser porque me hago cargo de lo que es una pasion.

Gab. ¿De qué pasion habla usted?

Ces. Sí, buena alhaja: disimule usted ahora.

Gab. Si lo dice usted por mí... crea que... siempre tendría... (*Aparte.*) Vamos, yo no sé qué decir.

Ces. Usted contaba con un triunfo seguro porque es buen mozo, porque tiene un cuerpo muy garboso,

porque habla con mucha gracia... Pues ya que ha salido la conversacion, le digo que aprenda para otra vez á distinguir de personas.

Gab. ¡Oh! Yo sé muy bien, señora...

Ces. Y á guardar el respeto debido á una señora de mis circunstancias.

Gab. No pienso haber faltado...

Ces. ¿Se figuraba usted que yo sería capaz de olvidarme de mis deberes?

Gab. (*Aparte.*) ¿Qué es lo que dice esta muger? Señora, ¿quién ha tratado de semejante cosa?

Ces. Usted, que ha venido solo á esta casa para atropellar mi honor y mi decoro.

Gab. (Vamos, está loca.) ¿Yo atropellar su decoro de usted?

Ces. Pero no piense que he de corresponder jamás á su insolente amor.

Gab. ¿Amor...? Señora, permítame que se lo diga; yo nunca he tenido por usted amor ninguno.

Ces. ¿No?

Gab. Mucho respeto y veneracion, eso sí; ¡pero' amor!

Ces. Ahora dice usted eso porque se ve desairado... Picarillo... ¿Qué bien sabe usted fingir!

Gab. Para dar á usted una prueba de que está muy equivocada, ofrezco marcharme, y no volver en mi vida á hablarla una palabra.

Ces. Ya, despues que le han salido mal sus planes... Pues no señor, no se ausentará usted hasta que yo le haya reñido como merece su atrevimiento.

Gab. (*Aparte.*) ¡Vaya que la buena señora está pesada! Y si por otra parte la doy un desengaño duro, ¿quién sabe las consecuencias que me podrá acarrear su enojo?

Ces. ¿Qué dice usted entre dientes?

Gab. Nada; que ya que usted se empeña en eso que dice, puede reñirme cuanto quiera.

Ces. ¿Qué bueno es usted...! ¡Y qué bien sabe que nunca llegará la sangre al rio...! Vamos, pídamle usted perdon.

Gab. Si en eso la doy á usted gusto, se lo pido.

Ces. ¿Es ese el modo? Ha de ser de rodillas.

Gab. ¿De rodillas...? (*Aparte.*) Pues señor, será preciso arrodillarme... Ya estoy. (*Lo hace.*)

Ces. (*Deja caer un guante.*) ¡Ay!

Gab. Tome usted. (*Vuelve á dejarlo caer.*) ¿Otra vez?

Ces. Lo ha soltado usted tan pronto...

Gab. (*Aparte.*) Ya la entiendo: es fuerza apurar todo el veneno. (*La besa la mano.*)

Ces. Levántese usted: ya está perdonado, y cuidado con olvidarse de eso.

Gab. ¿De qué?

Ces. De la declaracion que acaba de hacerme.

Gab. Yo no la he hecho á usted ninguna declaracion.

Ces. ¡Vaya! Déjese usted ya de disimulos... Yo no debiera escucharle... Pero no sé qué tiene, que no hallo en mí fuerzas para.... ¡Ah! es mucha flaqueza, mucha. (*Se tapa la cara con el abanico.*)

Gab. Yo estoy en brasas... (*Aparte.*) No sé cómo salir de una situacion tan penosa.

ESCENA XVII.

PERICO. DICHOS.

Per. Señora, la modista está ahí con el traje.

Gab. Ya respiro.

Ces. (*Aparte.*) ¡A qué tiempo viene! Bueno: allá voy. Es un traje para el baile de máscaras de esta noche.

Gab. Hola, ¿va usted á las máscaras? Me alegro.

Ces. El caso es que no tengo pareja con quien ir.

Gab. ¿Y su marido de usted?

Ces. ¡Mi marido! Ni quiere que yo vaya, ni á mí me agradaría su compañía.

Gab. Pues entonces está usted mal.

Ces. Yo no hubiera pensado en ello, mas Perico me dijo que deseaba usted ir conmigo.

Per. ¿Yo, señora?

Gab. ¿Perico dijo eso?

Ces. (*Haciendo señas.*) ¿No te acuerdas?

Per. ¡Ah! sí, con efecto. Es preciso que usted ceda, porque sino...

Ces. Con que supuesto que en eso le doy á usted gusto, iremos juntitos. ¿No es verdad?

Gab. Está bien; pero ¿cómo podrá ser sin que don Melchor lo sepa?

Ces. Desde el último mal parto que tuve, habrá cosa de tres años, separamos cuarto.

Per. Yo les abriré á ustedes con el mayor sigilo las puertas, y nadie en casa lo notará.

Ces. Con que quedamos en eso... Mire usted, mi trage es de aldeana. Vístase usted de aldeano, y así iremos iguales.

Per. Sí, de aldeano es lo mas bonito.

Ces. Voy á probarme el trage... Hasta luego, don Gabriel. Válgame Dios ¡qué aldeanitos tan graciosos vamos-á hacer!

ESCENA XVIII.

DON GABRIEL. PERICO.

Gab. ¿No te habia dicho que no queria ir á las máscaras con ella? ¿Por qué me has comprometido?

Per. ¿Y qué hubiera usted ganado con hacerla un *desaire*? Que se enfadase, y que viendo burlados sus deseos, armase algun caramillo para echarle á usted de su casa.

ESCENA XIX.

DICHOS. DOÑA MARIQUITA. DOÑA ANTONIA.

Mar. ¡Qué bien nos ha abandonado usted, don Gabriel! ha una hora que no le vemos.

Gab. Señorita, su madre de usted es la que me ha entretenido.

Mar. Quisiera que me hiciese usted un favor. Mi amiga Antoñita va esta noche á las máscaras. Yo no he

visto nunca esa diversion. ¡ Dicen que es tan bonita! Me alegraría ir á ellas. Usted que tiene influjo con mis padres, pídale que me dejen ir con mi amiga... A usted tal vez no se atreverán á negárselo, y si yo se lo dijese, estoy segura de que no me lo concederian.

Per. ¡ Ay, señorita! Es inútil... He oido mil veces decir á don Melchor, que por nada en este mundo consentirá que su muger ni su hija fuesen á las tales máscaras.

Mar. Pues él bien va á ellas.

Per. ¡ Oh! eso sí, le gustan mucho porque le ofrecen un vasto campo adonde esplayar su genio fisgon y entremetido; y yo me admiro cómo no ha tratado de ir al baile de esta noche... Pero la verdad, ¿ tiene usted muchos deseos de ir á las máscaras?

Mar. Sí, muchos.

Per. Pues irá usted.

Mar. ¿ Cómo?

Per. Teniendo resolucion: si don Melchor no quiere darle su permiso, vaya usted sin que él lo sepa.

Mar. Ay, eso no.

Per. No tenga usted miedo: aqui estoy yo para sacarla de cualquier apuro... Fuera de que en eso no hará usted mas que seguir el ejemplo de su madre.

Mar. ¡ Mi madre va á las máscaras!

Per. Sí señora, con don Gabriel.

Gab. Asi es: se ha empeñado, y no he podido escusarme.

Mar. ¡ Ah! pues entonces mucho menos quiero ir, no sea que me conozca; y luego si lo deseaba, era sobre todo por estar hablando con el señor.

Gab. Mira, ¿ ves lo que has hecho? Me has hecho perder el pasar una noche deliciosa para tener otra la mas cruel...

Per. En qué poca agua se ahogan ustedes. ¿ Para qué sirve el ingenio? Todo tiene remedio.

Gab. ¿ Qué remedio ha de haber?

Per. Sí señor: ya lo tengo yo compuesto.

Gab. ¿ Cómo?

Per. De este modo... Don Melchor se acostará lo mas tarde á las once. A eso de las doce tengo que abrir las puertas á don Eugenio, que tambien está de funcion: doña Mariquita podrá salir con él: se reunen ustedes, se estan divirtiendo hasta las cuatro de la maña, hora en que mi amo estará todavía durmiendo, y en que nuestros señoritos podrán volver á entrar en casa sin ser sentidos de nadie.

Gab. ¡ Bueno! Mas ¿ cómo he de reunirme yo con Mariquita, si tengo que acompañar á su madre?

Per. Ahora verá usted... Aqui no hay mas que pegársela á doña Cesarea. Con tal de que ella crea haber ido con usted al baile, no se necesita mas.

Gab. Explícate.

Per. Juanillo, su criado de usted, viene á ser de su cuerpo y de sus mismas carnes; tiene un talento particular para remedar á todas las personas que conoce... Le ha cogido á usted su modo de andar, el tono de su voz, y mil veces me ha divertido imitando cuanto usted hace en su casa.

Gab. ¿ Y bien?

Per. Hé aqui mi plan: hacemos que se vista de máscara con una careta que le cubra bien toda la cara, y que de esa suerte haga sus veces de usted al lado de doña Cesarea: teniendo cuidado con no descubrirse en toda la noche, ¿ qué sabe la buena señora quién es el que la acompaña? y quedará muy satisfecha de que ha sido el verdadero don Gabriel.

Gab. Hombre, el plan es arriesgado.

Per. No lo crea usted: estoy seguro de que ha de salir á las mil maravillas.

Gab. Yo por mí, estoy corriente, y si doña Mariquita quiere...

Mar. ¿ Yo? ¡ Ay, Jesus!

Per. No tenga usted miedo. Yendo bien disfrazada, nadie puede conocerla... Por lo demas, yo aseguro que todo se hará con el mayor sigilo y propiedad.

Ant. Vaya, ámate; algo se ha de arriesgar por un amante.

Mar. Bueno, por darte gusto á tí, consiento en ello.

Per. Está bien; pues ea, á prepararlo todo.

ESCENA XX.

DICHOS. DON PEDRO.

Ped. Buenas tardes, señores... Antoñita, ya se va acercando la noche; vámonos á casa.

Ant. ¿Tan pronto?

Ped. Sí: ya estará esperando allí doña Gertrudis, con quien has de ir á las máscaras, y teneis que arreglar los trages.

Mar. ¡Ay! ¡qué buen padre es usted, que deja que su hija vaya al baile! el mio no me lo permite...

Ped. Él tiene mil rarezas... Yo no veo inconveniente en dar ese gusto á mi Antonia, y mas cuando irá en compañía de una señora de toda confianza... ¿Vamos, niña?

Ant. Voy, padre... A Dios, Mariquita.

Mar. Deja, iré contigo á darte la mantilla.

Ant. Quede usted con Dios, caballero.

Gab. Á los pies de usted, señorita.

Ped. Beso á usted la mano.

ESCENA XXI.

DON GABRIEL. PERICO.

Per. Con que, ¿qué le parece á usted mi plan?

Gab. Hombre, famoso... Solo (ya digo) algo arriesgado.

Per. El amor debe atropellar toda clase de riesgos: además, hay un genio propicio á los amantes que los guía en sus empresas, y les saca bien de todas ellas.

Gab. ¿Y crees que Juan se encargará de hacer mi papel con doña Cesarea?

Per. Sí señor, con mucho gusto: sobre todo, si le ofrece usted un par de durejos... ¡Ah! será preciso que busque usted un traje para doña Mariquita: yo lo traeré debajo de la capa á fin de que pueda vestirse en casa.

ESCENA XXII.

DICHOS. DON MELCHOR.

Mel. ¡Don Gabriel aqui todavía...! ¡Y solo con Perico! ¿De qué estarán tratando?

Gab. Pues bien: ahora mismo voy á buscar su traje y el mio.

Per. Dos dominós, y santas pascuas: asi irán ustedes bien disfrazados, y nadie les conocerá.

Mel. ¡Oiga!

Gab. Con efecto, es lo mejor. Cabalmente tengo en casa dos dominós blancos con guarniciones encarnadas que nos sirvieron á mi hermana y á mí en el último baile, y que nos vendrán ahora de molde.

Per. Pues ya está usted armado.

Mel. ¿Qué diablo de euredo será este?

Gab. ¿Qué noche tan divertida voy á tener! Hasta luego. ¡Ah...! don Melchor...

Mel. Hola, don Gabriel, ¿todavía está usted por acá?

Gab. Ha sucedido lo que usted dijo, las señoras me han detenido. (*Aparte.*) ¡Válgame Dios! ¿Si habrá oído...?

Mel. Pues; si las conozco: son pesadas hasta dejarlo de sobra.

Gab. Quede usted con Dios.

Mel. ¿No quiere usted detenerse un rato mas?

Gab. No puede ser: me estarán ya esperando en casa.

Mel. Pues amigo, abur, hasta mañana.

Gab. Beso á usted la mano. (*Aparte.*) Mucho recelo que nos haya oído, y descubierto nuestro plan.

ESCENA XXIII.

DON MELCHOR. PERICO.

Mel. Di, Perico, ¿qué estabais hablando de máscaras?

Per. ¡Malo es esto! Nada, que don Gabriel va á ellas.

Mel. Sí; pero ¿con quién va?

Per. ¿ Eso pregunta usted? ¿ Con quién ha de ir?

Mel. ¿ Con doña Antoñita?

Per. Pues, con ella. Ha poco que se ha marchado de aquí.

Mel. Con efecto, acabo de encontrarla en la calle con su padre.

Per. Antes de que viniese don Pedro por ella, han estado tratando de... Por eso estaba aun don Gabriel en casa.

Mel. ¿ Y cómo diablos se han arreglado para ir?

Per. Toma, como se hacen esas cosas.

Mel. ¿ Si llevará la tal Antoñita la desvergüenza hasta salir ocultamente de su casa por la noche y...?

Per. Es usted el diantre: todo lo adivina.

Mel. ¿ Con que he acertado?

Per. Algo hay de eso.

Mel. ¿ Haya bribona!

Per. ¿ Me manda usted algo, don Melchor?

Mel. No: anda con Dios.

Per. (*Aparte.*) ¿ Qué viejo tan maldito! por poco nos oye toda la conversacion. (*Vase.*)

ESCENA XXIV.

DON MELCHOR.

Dos dominós blancos con guarniciones encarnadas...
 ¡ Bueno! No se me despintarán: no habia pensado ir esta noche al baile, pero este motivo me determina. Veremos si se presenta alguna circunstancia favorable á mis proyectos, y cuando no, tendré un rato divertido.



ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

PERICO. JUAN *en traje de aldeano. Habrá luces en la mesa.*

Juan. ¿Qué tal estoy?

Per. Perfectamente.

Juan. ¿Te parece que doña Cesarea se engañará?

Per. Ya se ve que sí; y mucho mas no teniendo la menor sospecha de la jugarreta que se le hace. De lo que debes cuidar es de la voz.

Juan. No hayas miedo: imitaré lo mejor que pueda la de don Gabriel: fuera de que al través de la careta y con la vocecita que acostumbran á fingir las máscaras, no será facil que doña Cesarea note la pequeña diferencia que hubiere.

Per. Con todo, bueno será que la hables lo menos posible, y para que no lo estrañe, hazla bailar muchísimo.

Juan. Eso sí: la voy á dar un jaleo, que ha de volver á casa poco menos que reventada.

Per. Ganas tengo de que os marcheis para descansar. Vaya un laberinto el que traigo esta noche. La casa queda desierta: los señoritos ya se escurrieron; por señas que á poco mas nos coge don Melchor en el garlito.

Juan. ¿Cómo?

Per. Habíase recogido á su cuarto á la hora acostumbrada. Fiado yo en que ya estaria acostado, llamé á don Eugenio y su hermana; les abrí con tiento las puertas, y les eché á la calle: apenas había

concluido de hacer esto, cuando hete aqui que sale don Melchor y me pide el picaporte diciéndome que iba á las máscaras.

Juan. ¿Y ha ido?

Per. Andando: metido en su gran dominó de raso, mas hueco que un globo aereostático. Lo que siento es que los otros no lo saben, y puede que algun descuido...

Juan. Hombre, esa ida tan repentina al baile no me huele muy bien.

Per. Me temo que nos haya oido á don Gabriel y á mí cierta conversacion, y que... Yo procuré sonsacarle; pero al maldito no le pude arrancar mas palabras que: *ya verás, ya verás...* ¡Ah! ya está aqui doña Cesarea.

Juan. Pues me plantifico la careta.

ESCENA II.

DICHOS. DOÑA CESAREA *en traje de aldeana.*

Ces. Perico...

Per. Entre usted sin cuidado, señora, que ya no está en casa quien pudiéramos temer.

Ces. ¿Quién?

Per. Su marido de usted, que se ha marchado al baile.

Ces. ¿Al baile?

Per. Sí señora: ha salido con esa novedad á las doce de la noche... Por eso me he atrevido á hacer subir al señor, á fin de que no se helara de frio esperando en la calle.

Ces. ¡Ah! Don Gabriel. ¿Qué traje tan precioso lleva...! Pero ¿por qué tiene usted puesta la careta?

Per. Se la acababa de arreglar cuando usted entró, y por eso...

Ces. Quítesela usted.

Per. (*Aparte.*) Malo.

Juan. Con mucho gusto, dueño mio: (*Hace como que quiere quitarse la careta.*) ¡Qué diablos...! Esta cinta... Perico, á ver, desátamela.

Per. Si se ha formado un nudo que no hay quien lo deshaga... Es preciso cortar la cinta... Doña Cesarea, ¿tiene usted ahí unas tijeras?

Ces. No, pero...

Per. Bien que es inútil: si se ha de volver, á poner la máscara al instante... Ya es tarde, y no deben ustedes perder tiempo... Váyanse ustedes.

Ces. Sí, vamos.

Per. Yo iré delante para abrir las puertas. (*Va hácia la puerta, y vuelve repentinamente.*) ¡Ay!

Ces. ¿Qué es eso?

Per. Retírense ustedes pronto.

Ces. ¿Por qué?

Per. Don Melchor está ahí.

Ces. ¿Mi marido? ¡Ay, Virgen Santísima!

Per. Escóndanse ustedes.

Ces. Vámonos adentro, don Gabriel.

Per. Ya no es posible que pasen ustedes por delante de esta puerta sin que les vea don Melchor: viene hácia aquí.

Ces. ¿Qué haremos?

Per. Ocúltense ustedes detras de este biombo... Yo procuraré hacer que se retire pronto á su cuarto. (*Se occultan.*)

ESCENA III.

JUAN y DOÑA CESAREA *ocultos*. PERICO. DON MELCHOR, que trae á DOÑA MARIQUITA con dominó, como se ha dicho en el segundo acto, y la careta puesta. Don Melchor traerá un farolito.

Mel. Entre usted, señorita.

Per. (*Aparte.*) ¿Quién será esa muger que viene con él?

Mel. No tenga usted miedo.

Per. (*Aparte.*) ¡Ay, Dios mio! Si no me engaño, es doña Mariquita: ese es el disfraz que llevaba.

Mel. Hola, Perico, ¿todavía estás en pie?

Per. Con el cuidado de si usted venia, no he querido acostarme.

- Mel.* (*Á doña Mariquita.*) Siéntese usted.
- Per.* Díga usted, don Melchor, ¿qué máscara es esa?
(*Después de dejar el farol le lleva con mucho misterio á un extremo del teatro.*)
- Mel.* ¿Esta? Esta es la Antoñita.
- Per.* ¿La Antoñita!
- Mel.* Sí: se la he quitado á don Gabriel.
- Per.* ¿Cómo ha sido eso?
- Mel.* Verás... Soy el hijo de la dicha: todas las cosas hoy me salen á pedir de boca... Por la conversacion que te oí con don Gabriel, y por lo que me dijiste luego, supe que este iba al baile con la Antoñita y el trage que debian llevar uno y otro: al momento formé mi plan; pero no te quise decir nada porque te suponía de inteligencia con ellos, y recelé que los avisases.
- Per.* Me hizo usted poco favor... Mi primera obligacion es el servir á usted, y...
- Mel.* Amigo, el que quiere acertar, debe ir siempre con la malicia: yo me reía de tu admiracion cuando te pedí el picaporte... Pues como digo, formé mi plan, y contando con el efecto de una sorpresa, fuí al teatro. Apenas entro en el salon, veo á mis dos enamorados paseándose de bracero y en conversacion muy tirada. ¿Qué hago entonces? Me planto delante de ellos, y de repente me quito la careta: al punto la Antoñita da un grito, él empezó á pedirme perdon por su atrevimiento, y yo contesté: "dejemos los perdones para otra ocasion: lo que ahora se necesita, es que esta niña se venga conmigo..." Y sin que ella hiciese la menor resistencia, me la saqué del teatro. En la calle quise que se quitase la máscara; pero no lo ha permitido; y yo por no violentarla...
- Per.* No, no se la quite usted; no importa que la tenga puesta: le dará vergüenza el quitársela.
- Mel.* Por eso no he insistido... Él no hizo mas que salirse del teatro y seguirme á lo lejos. Apostaré cualquier cosa á que está ahora en la calle.
- Per.* Voy á ver... (*Va á la ventana, y mira.*) Con

efecto, allá veo un hombre que mira hácia aquí: por lo que puedo distinguir, tiene puesto un dominó igual al de esa señorita.

Mel. Pues mira, baja, y si es él, dile que suba.

Per. ¿Qué intenta usted hacer?

Mel. Tengo un gran proyecto... Dile, dile que suba...

¡Ah! toma el picaporte.

Per. Voy corriendo. (*Vase.*)

ESCENA IV.

DON MELCHOR. DOÑA MARIQUITA.

Mel. Pero, señorita, ¿es posible que no se quite usted esa careta? ¿No ve que la estará sofocando? (*Doña Mariquita hace señas de que no.*) ¿Tiene usted vergüenza de quitársela? (*Doña Mariquita hace señas de que sí.*) Si es así, no insisto... ¿Usted extrañará sin duda que la haya traído aquí en vez de llevarla á casa de su padre...? ¿Eh? ¿No me responde usted...? ¡Qué diablos! Esta muger es muda: no he podido sacarle una palabra del cuerpo. Pues señor, aquí no está usted bien... Hasta la hora crítica pasará usted á este cuarto inmediato. (*La lleva al cuarto de la izquierda, y echa la llave.*) Bueno: ahí está segura; no se me escapará. Ahora, mientras sube el otro, vóime á mi cuarto á quitar este disfraz. (*Coge la linterna y se va.*)

ESCENA V.

DOÑA CESAREA y JUAN salen de su escondite.

Ces. ¡Gracias á Dios que se ha marchado! ¡Qué apuro! Estaba, que un sudor se me iba y otro se me venia... Pero ¿quién será esa muger que ha encerrado en este cuarto?

Juan. ¿Con que nos vamos al baile?

Ces. Para bailes estoy yo: ya no tengo ganas de ir: veremos cómo se puede usted marchar sin ser visto.

Juan. Sí, eso quiero yo, marcharme.

ESCENA VI.

DICHOS. DON GABRIEL. PERICO.

Per. Aquí debe estar, entre usted.

Ces. ¿Quién es? ¡Ay! ¿Qué es lo que miro? ¿No es don Gabriel?

Gab. (*Aparte.*) ¡Doña Cesarea! ¿Qué encuentro!

Per. (*Aparte.*) Tiró el diablo de la manta...

Ces. ¿Qué es esto, señor? ¿Dónde estoy? ¿Qué es lo que me pasa? ¿Quién es el verdadero don Gabriel?

Gab. Yo soy, señora.

Ces. ¿Pues qué máscara es esta? Diga usted, ¿quién es usted?

Juan. (*Juan se quita la careta.*) Soy Juan, para servir á usted.

Ces. ¡Ánimas benditas! ¿Qué hombre es este?

Per. Que vuelve don Melchor.

Juan. Yo me escondo. (*Se oculta detras del biombo.*)

Per. Escóndase usted tambien, señora, no la vea su marido con ese traje.

Ces. Yo no me meto ahí con ese hombre.

Per. No se ande usted con repulgos de empanada. Peor será que la vea don Melchor y se descubra el pastel.

Ces. ¡Ay, Virgen de las Angustias! En qué berengenal me veo metida. (*Se esconde.*)

ESCENA VII.

DICHOS. DON MELCHOR.

Mel. ¡Ah! don Gabriel... soy con usted. (*Saca una luz.*) Voy á entrar aquí esta luz, pues no es justo dejar esta niña á oscuras. (*Entra en el cuarto.*)

ESCENA VIII.

DICHOS, menos DON MELCHOR.

Gab. ¿La ha encerrado?

Per. Así parece.

Gab. Ya que según me dices está en la inteligencia de que es doña Antonia, quiero hablarle con firmeza, á ver si logro que me la deje llevar.

Per. Sí, y luego que esté fuera, yo la volveré á introducir con sigilo; y en estando en su cuarto, advina quién te dió... También ha sido mucha torpeza el dejársela usted quitar.

Gab. ¿Qué quieres...? Imaginé que lo había descubierto todo y me hablaba en la suposición de que era su hija... Y ella ¿si habrá conocido el engaño de su padre?

Per. Es regular, pues no se ha querido quitar la careta.

ESCENA IX.

DICHOS. DON MELCHOR.

Mel. Perico, escucha. (*Aparte á Perico.*) Mira, marcha ahora mismo á casa de don Pedro, dile que se vista y venga aquí sin tardanza, que tengo que hablarle de un asunto muy interesante; pero no le adviertas de que está aquí su hija.

Per. Está bien.

Mel. Vete igualmente á casa de don Roque, hazle que se levante, y que también venga aquí al momento.

Per. (*Aparte.*) ¿Qué diablos de proyecto traerá este hombre en la cabeza?

Mel. ¿En qué te paras? Vé corriendo.

Per. Voy. (*Aparte.*) Me parece que todo esto parará en descubrirse el embrollo... Pues no digo nada, doña Cesarea que está ahí con el otro... Buena la hemos hecho. (*Vase.*)

ESCENA X.

DICHOS, menos PERICO.

Gab. (*Aparte.*) Pues señor, sigamos la idea de que es doña Antonia, á ver si...

Mel. (*Se rie mirando á don Gabriel.*) ¡Ah, ah, ah!

Gab. ¿Se rie usted?

Mel. Me rio de la sorpresa que le he causado á usted.

Gab. Ciertamente es de sorprender una acción tan inconsiderada como la que acaba usted de hacer.

Mel. ¡Inconsiderada!

Gab. Perdóne usted que le hable con esta franqueza; pero no puedo menos de manifestarle que me ha sido sumamente desagradable un proceder, que á no ser por mi prudencia, hubiera producido un lance en medio de una concurrencia tan numerosa.

Mel. No lo crea usted... sé muy bien distinguir de genios y de situaciones; y estaba seguro de que no tendría consecuencia ninguna un paso que, aunque arriesgado, era preciso darle en beneficio de usted.

Gab. ¿En beneficio mio?

Mel. Sí señor; y eso es lo que usted no agradece... Fuera de que semejante reserva era escusada. Se lo tengo á usted dicho: á mí no se me escapa nada... Si lo habia de saber... Ya ve usted cómo lo he sabido.

Gab. ¿Y qué necesidad habia de que le dijésemos á usted...?

Mel. Mucha, sí señor, mucha.

Gab. ¿Y usted piensa que doña Antonia ha ido al baile sin consentimiento de su padre?

Mel. Así lo tengo entendido.

Gab. Pues sepa que tiene su permiso, y que ha ido en compañía de una señora de muchísimo respeto.

Mel. ¿Qué dice usted?

Gab. La verdad: no tiene usted mas que preguntárselo mañana á don Pedro.

Mel. Pues entonces...

Gab. Esa señora me la habia confiado para bailar: ahora quizás la habrá ya echado de menos; y ¿quién sabe los juicios que estará formando?

Mel. ¿Con que con permiso de su padre? ¡Buena! Para el caso es lo mismo: de todos modos me sale bien mi proyecto.

Gab. Déjese usted estar de proyectos: lo que debe hacer es entregarme á doña Antonia para que volvamos al baile, y evitar las consecuencias que puede acarrear su ausencia.

Mel. No señor: aquí lo interesante es casarle á usted.

Gab. Mire usted que me compromete.

Mel. Eso quiero yo.

Gab. ¡Jesus, qué hombre!

Mel. Usted se apura por nada.

Gab. Digo, ¡mi situacion no es para apurarme!

Mel. Usted no mire su situacion, sino las ventajas que pueden resultarle de ella.

Gab. Sean cuales fueren esas ventajas, no tiene usted derecho para proceder como lo está haciendo, y dará lugar á que...

Mel. No hay que enfadarse... Si usted mirase las cosas á sangre fria como yo... Pero tiempo vendrá en que me dé usted gracias por mis servicios.

Gab. Ni me hacen falta sus servicios de usted, ni los quiero.

Mel. ¡Lo que es tener poco juicio!

Gab. Cuando intenté casarme con esa señorita, iré á su padre y se la pediré sin rodeos ni artificios, y creo que no me la negará, pues no soy un sugeto tan indecente ni tan pobre, que pueda tener á menos el admitirme en su familia.

Mel. Usted no sabe quién es don Pedro. Tiene mil rarezas...

Gab. Pero ¿no ve usted...?

Mel. Lo que veo es que la ocasion es favorable; y ya que se presenta, debemos asirla por los cabellos... No sea usted niño: sujétese á lo que yo le diga, y ayúdeme á realizar el plan que tengo acá en mi idea.

Gab. No señor, no; y ya que usted se obstina, le declaro terminantemente que me he de llevar á doña Antonia, y que me incomoda se meta usted en hacerme servicios que ni le pido, ni (vuelvo á repetir) los quiero para nada.

Mel. Pues ya que usted lo toma asi, yo tambien le declaro terminantemente que no se la llevará, y que le serviré á usted á pesar suyo... ¿A ver quién es el mas terco?

ESCENA XI.

DICHOS. PERICO.

Per. Ya viene aqui don Pedro.

Mel. ¡Bueno! Don Gabriel, váyase usted allá dentro.

Gab. ¿Yo...? No señor.

Mel. Sí tal. (*Empujándole.*)

Gab. Pero ¿para qué?

Mel. Ya lo verá: entre usted... Ayúdame, Perico.

Per. ¿Qué diablos! Entre usted. Pecho al agua, y salga lo que saliere.

Gab. Será preciso ceder. (*Entra en el cuarto.*)

Mel. Sobre todo, no salga usted hasta que yo avise.

ESCENA XII.

DON MELCHOR. DON PEDRO. PERICO.

Mel. (*A Perico.*) ¿Y don Roque?

Per. Ya le he avisado; pero volveré, no sea que se haya dormido. (*Vase.*)

ESCENA XIII.

DON MELCHOR. DON PEDRO.

Mel. Perdone usted que le haya incomodado.

Ped. Con efecto, la hora es bastante incómoda para sacarle á un hombre de la cama, y le aseguro á usted que conociendo sus cosas he estado por no venir.

Mel. Y hubiera usted hecho muy mal, pues es para un asunto que le interesa mucho.

Ped. Pues bien, diga usted.

Mel. Amigo, siento tener que darle á usted una mala noticia.

Ped. ¿Mala?

Mel. Pero ¿cómo ha de ser? para estos casos es el talento.

Ped. ¿Qué ha sucedido?

Mel. Y en habiendo un poco de reflexion y conformidad...

Ped. ¿Se ha muerto alguien?

Mel. No, eso no.

Ped. Me habia usted asustado.

Mel. Ello, bien mirado, no es mas que una friolera.

Ped. ¿Acabará usted de explicarse?

Mel. En primer lugar, ¿dónde está su hija de usted?

Per. Mi hija está en el baile de máscara.

Mel. Pues: usted no me quiere creer. ¿Qué hombre de

juicio deja que una hija suya vaya á semejantes diversiones?

Ped. Semejantes diversiones no son malas sino para las que ya estan pervertidas: ademas, la Antoñita ha ido con una señora muy honrada, y de toda mi confianza.

Mel. Pues á pesar de esa señora de tanta confianza, su hija de usted no está ya en el baile.

Ped. ¿No está en el baile?

Mel. No señor; y para decirlo todo de una vez, su hija de usted está en mi casa.

Ped. ¿Qué dice usted?

Mel. Lo que usted oye.

Ped. ¿Pues cómo puede ser que...?

Mel. Si usted no fuese un hombre descuidado; si observase como debe todos los pasos de su hija; si procurase averiguar las intrigas en que anda metida, no le sucederia esto.

Ped. ¿Intrigas...? La espresion es algo fuerte... Yo no digo que la Antonia deje de tener algun quebradero de cabeza, como todas las muchas de su edad; pero andar en intrigas...

Mel. Pues ello es que anda, y ahora lo verá usted. ¿Se acuerda de cierto jovencito que fue con ustedes esta mañana á paseo?

Ped. ¿Don Gabriel?

Mel. El mismo. Sabrá usted que comió en casa, y que no se marchó hasta despues de haberse usted llevado á la Antoñita.

Ped. Con efecto, le vi que estaba todavía aqui cuando vine por ella... Y bien, ¿qué?

Mel. Pues ese caballerito y su hija de usted estan perdidamente enamorados el uno del otro.

Ped. Si es esa la noticia que tenia que darme, bien pudiera usted haberla guardado para mañana sin necesidad de hacerme levantar á deshora, y asustarme como lo ha hecho. Sin embargo, me alegro del aviso.

Mel. Es que hay mas todavía.

Ped. ¿Hay mas?

Mel. Receloso ese caballerito de que usted no le quisiese conceder á su hija, ha tratado de hacerle la forzosa.

Ped. ¿Cómo?

Mel. (*Aparte.*) Vaya de embuste. Estaba yo muy recogido en mi cama, cuando oigo llamar á la puerta, y á poco rato entra Perico y me dice que don Gabriel está ahí, y quiere hablarme. Me levanto, y figúrese usted cual sería mi sorpresa al ver que traía consigo á doña Antonia.

Ped. ¿Mi hija!

Mel. Su hija de usted. Me contó en pocas palabras el negocio: me dijo que habiendo resuelto ambos casarse, se habian escapado del salon de máscaras; y me pidió tuviese depositada en mi casa á su novia mientras hacia las diligencias necesarias.

Ped. ¿Es posible?

Mel. Yo le reconvine (como usted puede creer) por un proceder tan feo; pero viéndole obstinado, igualmente que á la niña, tomé el partido de ceder, y de avisarle á usted al momento.

Ped. ¿Yo me he quedado aturdido! Y le aseguro á usted que lo estoy oyendo y no lo creo.

Mel. ¡Ó, qué cabeza de chorlito! ¿Cuándo se desengañará usted de que es un pobre hombre?

ESCENA XIV.

DICHOS. DON ROQUE. PERICO.

Per. Aqui está don Roque.

Roq. ¿Podremos saber, señor don Melchor, qué novedad ha ocurrido de tanta importancia que me hace salir de la cama en lo mejor de mi sueño?

Mel. Ahora lo sabrá usted... Entre tanto, venga y ayúdeme á desengañar al señor. ¿No es cierto que esta tarde pasada ha encontrado usted aqui á su hija en amorosos coloquios?

Roq. Sí señor: por señas que se dejaba muy bien besar la mano, de que doy fé.

Mel. ¿Lo ve usted, señor mio? ¿Lo creerá usted ahora?

Ped. No, yo no pongo duda en lo que usted dice; pero no por eso deja de causarme estrañeza...

Mel. Venga usted acá, pobre hombre. Ahora me toca volverle las tornas por tanta crítica y tanta burla

como ha hecho de mí. ¡Para que anduviese mi hija en los malos pasos que la de usted...!

Ped. Bien, hombre, será todo lo que usted quiera; pero esta no es ocasión para venirme con reconvenciones, sino de ver lo que se ha de hacer.

Mel. ¿Quiere usted seguir mis consejos?

Ped. ¿Cuáles son?

Mel. Considere el ruido que va á armarse, y cuánto la murmuración va á cevarse en usted y su familia.

Ped. En eso tiene usted razón.

Mel. Lo que se necesita aquí es evitar el escándalo... ¿Usted tiene algun inconveniente en que su hija dé á ese jóven la mano?

Ped. En cuanto á sus circunstancias, ninguno; y le aseguro á usted que si hubiese venido á hablarme acerca del particular, hubiera sido bien recibido... Lo que me incomoda en él es el proceder tan poco delicado de que ha usado en esta circunstancia.

Mel. ¿Qué quiere usted? Calaveradas de muchachos... Pues señor, mi opinión es que condescienda usted con sus deseos. A lo hecho, pecho. ¿Cómo ha de ser? No hay otro arbitrio... Aquí está el señor, que es un honrado escribano si los hay. Nos enjergará en un sancti amen un contrato; lo firmamos todos, y queda la cosa concluida.

Roq. Yo por mí estoy pronto á hacer todas las diligencias propias de mi oficio.

Mel. Con que, ¿qué es lo que usted resuelve? ¿No le parece bien mi idea?

Ped. Veo que no hay otro remedio, y será lo mejor hacer lo que usted dice.

Mel. (*Aparte.*) ¡Bueno! Ya le metí por el aro. Don Roque, enristre usted la pluma, y háganos ahí cuatro garabatos... Voy por los muchachos... ¿Don Gabriel? Salga usted. (*Abre el cuarto donde está Mariquita, y se entra.*)

Roq. ¿Don Gabriel? ¿Pues no era don Eugenio quien...?

Per. Pues señor, aquí va á ser ella. (*Lllaman.*) ¿Llaman? ¿Quién será á estas horas? Voy á ver... (*Vase.*)

ESCENA XV.

DON PEDRO. DON ROQUE. DON GABRIEL.

Gab. ¿No me llamaba don Melchor?*Ped.* Don Gabriel, yo le supongo á usted un hombre de honor y de buenos sentimientos: por consiguiente, no estrañará que un padre se manifieste resentido por la conducta tan poco delicada que en esta ocasion ha observado usted.*Gab.* Don Pedro, es preciso sacarle á usted de un error que...

ESCENA XVI.

DICHOS. DOÑA ANTONIA *de máscara*. DON EUGENIO. PERICO. UNA SEÑORA *tambien de máscara*, y UN CRIADO *con un farol*: *estos últimos quedan retirados al fondo.**Ped.* Y tú, hija, ¿qué motivos has tenido para faltar á la confianza que se merece un padre, y cometer una accion que tanto desdice de tu educacion y tu decoro? ¿Te he esclavizado tanto, que tuvieses necesidad de arrancarme por la fuerza un consentimiento que debieras haber esperado de mi paternal cariño?*Ant.* ¿Qué dice usted, padre?*Ped.* ¿No te avergüenzas del modo con que has venido á esta casa?*Ant.* ¿Pues qué mal he hecho en ello? El baile se iba acabando, y doña Gertrudis manifestó deseos de retirarse. A la puerta del teatro estaba esperándonos el criado para acompañarnos. Me dijo que don Melchor le habia llamado á usted, y que se hallaba aqui; y como es paso para casa, he querido subir, á fin de saber qué novedad es esta, y nos retiremos juntos.*Ped.* ¿Cómo? ¿No has salido hasta ahora del teatro?*Ant.* No señor. Ahí estan doña Gertrudis, que no me ha perdido de vista en toda la noche, y don Eugenio, que ha tenido la bondad de ser mi pareja.*Ped.* ¿Pues este don Melchor, qué embrollos trae que...?

ESCENA XVII.

DICHOS. DON MELCHOR. DOÑA MARIQUITA.

Mel. Don Pedro, aqui tiene usted á su hija... Suplico que la trate con... (*Viendo á doña Antonia.*) Pero ¿qué veo? ¿Estoy soñando, ó no es esa?

Ped. Sí, esta es mi hija, que acaba ahora mismo de salir del baile: veamos ahora á qué quedan reducidos todos esos cuentos con que me ha venido usted.

Mel. Vaya, que es chasco... Pues don Gabriel, ¿quién es esta máscara?

Gab. Es, es... Ya no hay remedio, (*Aparte á Mariquita.*) es preciso que se dé usted á conocer.

Mel. Diga usted... Y usted, señora, descúbrase... sepamos quién es.

Mar. Soy yo, papá. (*Se quita la careta.*)

Mel. ¡Uy! (*Tapándose la cara.*)

Ped. ¡Su hija...! ¡Ah, ah! no puedo menos de reirme del chasco... Bien empleadó le está.

Roq. (*Aparte.*) ¡Vaya, que me habia yo echado una novia preciosa!

Mel. ¡Jesus! no vuelvo de mi aturdimiento. ¿Con que eres tú, bribona? Ahora verás... (*Amenazándola.*)

Mar. ¡Ay! (*Refugiándose tras de don Gabriel.*)

Gab. Por Dios, suplico á usted...

Mel. Dígame usted, seductor, ¿es esta la Antoñita que queria le dejase llevar?

Gab. ¡Ah, señor! Perdone el haberme querido aprovechar de un engaño á que dió lugar usted mismo, para evitar los disgustos que pudieran seguirse de saber usted quién era en realidad esta máscara.

Mel. ¿Y á qué fin me la llevó usted al baile?

Gab. Solo con el de disfrutar de aquella diversion... Todo ha sido efecto de una ligereza, y del amor que nos profesamos.

Mel. ¿Ustedes se aman?

Gab. Sí señor, y tal es el verdadero motivo de haberme introducido en su casa de usted.

Roq. ¡Digo, la niña que segun su padre no conocia qué cosa es un amante!

Mel. Perico, ven acá. ¿No me dijiste que el objeto que traía al señor á casa era la Antoñita?

Per. Sí señor; pero usted perdone, fue un engaño.

Mel. ¿Ah, tunante!

Roq. Si le he dicho á usted siempre que el tal Perico es un bribon de los de marca mayor.

Mel. Y usted tambien me ha engañado. ¿No me dijo que habia visto aqui á la hija de don Pedro en pláticas amorosas con don Gabriel?

Roq. Yo no he dicho tal cosa.

Mel. ¿Cómo no?

Roq. Si usted no hubiese atajado mi relacion, saliéndome con que ya lo sabia, y lo hacian con permiso suyo, le hubiera dicho que quien estaba á los pies de doña Antonia, y la besaba la mano, era su hijo de usted don Eugenio.

Mel. ¿Eugenio?

Roq. Sí señor.

Mel. Esta es otra... ¿Adónde está ese bribon? ¿Eugenio...! ¿Ah! venga usted acá, señorito. ¿Es verdad lo que dice don Roque?

Eug. Sí señor, es verdad. Ha tiempo que doña Antonia y yo nos profesamos un mútuo amor, y anhelamos el feliz instante en que el himeneo corone nuestra pasion.

Per. El señorito es el embozado que hablaba por las noches con doña Antonia á la réja. ¿No deseaba V. saberlo?

Mel. ¿No me dijiste que era don Gabriel?

Per. Lo dije, pero fue tambien un engaño.

Mel. ¿Ah, pícaro! Tú eres el que tiene la culpa de todo. Ahora me las pagarás.

(Quita el baston á don Pedro y quiere dar á Perico; éste huye hácia el biombo, tropieza en él, le deja caer y se descubren doña Cesarea y Juan.)

ESCENA XVIII.

DICHOS. DOÑA CESAREA Y JUAN.

Per. ¡Ay!

Mel. ¡Mi muger!

Ped. ¡Doña Cesarea!

Eug. ¡Mi madre!

} (Á un tiempo todos.)

Mel. ¿Usted aqui, señora? ¿Y en ese trage?

Ces. Yo... sí... esto es que... ¡Ay, Virgen de los Remedios, valedme!

Mel. Y este perillan ¿quién es?

Ces. No lo sé... No crean ustedes que yo tengo nada con ese hombre.

Gab. Este es un criado mio.

Juan. Pues... un criado del señor... Yo... aqui me han traído.

Mel. ¿Y á qué ha venido?

Gab. Eso es demasiado largo para contarlo ahora.

Mel. Y dígame usted, señora mia, ¿de dónde ha sacado usted el dinero para esas galas?

Per. De los dos mil reales que me dió usted esta mañana.

Ces. ¿Quieres callar?

Per. Toma, ya que lo sepa todo...

Mel. ¿Los dos mil reales de la corona de la Virgen? ¡Infame! ¿Son estas las devociones que haces...? ¿Con que es decir que no hay uno en esta casa que no me haya engañado, vendido, robado, y para quien no sea un objeto de burla y escarnio?

Ped. Ahora pudiera yo devolverle á usted las reconvencciones que ha poco me hacia; mas no quiero abusar de su situacion: lo mejor será, como usted decia, valerse del talento y tener conformidad.

Mel. ¿Qué conformidad quiere usted que tenga cuando todo lo que me sucede es para desesperarme?

Ped. Nada de eso: no hay que desesperarse. Esto tiene remedio tomando usted ahora para sí los consejos que me daba; y supuesto que don Gabriel y Mariquita se quieren, cáselos usted, y Dios les haga buenos... Me parece que el marido que yo admitia para mi hija, no puede usted despreciarlo para la suya.

Mel. No puede ser; tengo prometida su mano á don Roque.

Roq. ¡Oh! no le sirva á usted eso de estorbo... Es cierto que quise casarme; pero despues de lo que acabo de ver, renuncio al matrimonio.

Mel. Entonces... ya que usted se desdice... que se caseu.

Gab. ¡ Ah, mi querida Mariquita! . . .

Mar. ¡ Qué dicha! . . .

Ped. Y de estos señoritos, que tambien parece que se quieren, ¿ qué hacemos?

Mel. Por mí que hagan lo que gusten; no me quiero ya meter en nada, en nada.

Ped. No, amigo: una cosa es querer meter su cucharada en todo, y otra mirar con indiferencia los negocios que mas nos interesan... Me parece que en dando yo un buen dote á mi hija, no tendrá usted reparo en que se case con Eugenio.

Mel. Pues que se casen.

Eug. Esta es mi mano.

Ant. La acepto con mucho gusto.

Ped. En cuanto á doña Cesarea, ya que, segun parece, desea ir á las máscaras, ofrezco llevarla yo mismo una noche.

Ces. Para ir con usted prefiero quedarme en casa.

Gab. Deje usted, que luego que se hayan verificado las bodas, iremos todos en reunion.

Mel. Y en cuanto á los preparativos de la boda y arreglo de la comparsa, dejádmelos á mí, que yo me pinto solo para ello.

Ped. Eso es: nunca perderá usted su genio entremetido.

Mel. ¿ Qué quiere usted? Es mi comidilla. Si me quitan el mangonear, me muero.

Ped. Sí; pero sírvale á usted la leccion que hoy ha llevado á hacerle mas prudente y circunspecto; y aprenda que aquellos que mas se afanan por averiguar vidas ajenas y arreglar los negocios de otros, suelen ser los que mas ignoran cuanto pasa en sus casas, y mas en desorden tienen sus asuntos propios.



